

Manu

Manuel Jabois

Para Ana

Un hijo es como tener algo siempre al fuego.

Xacobe Casas

AL DÍA SIGUIENTE DE nacer mi hijo me quisieron echar del hospital. La escena fue dramática a ojos de las enfermeras y supongo que de Dios santo; el bebé no paraba de llorar, Ana se paseaba con él en brazos y sorbiéndose las lágrimas, desesperada al no poder darle el pecho, y en la única cama del pequeño cuarto yo dormía desnudo y feliz a pierna suelta. Testimonios posteriores aseguraron que roncaba. Es raro porque yo ronco pocas veces, si bien las elijo cuidadosamente.

Era agosto de 2012 y aquí empieza esta breve historia, que va para atrás como una nécora. Me había dejado el pelo largo y enmarañado y mi barba se disparaba hacia todas partes, densa como una jungla. Parecía por despiojar y la enfermera que nos encontró así a las siete de la mañana pensó en principio que era un fugitivo.

—No puede ser. Esa cama es para ti. Acabas de parir, estás recién operada. Esto no lo podemos ad-

mitir —decía resueltamente, como si de verdad no lo pudiesen admitir.

Yo escuchaba haciéndome el dormido, y como muestra de desaprobación emití un pequeño gruñido y me di la vuelta llevándome las sábanas conmigo, como si algo muy molesto me estuviese interfiriendo el sueño. La enfermera dijo que hablaría con la jefa de planta y salió dando un portazo. Me debí de despertar sobre las doce, salí del cuarto en pantalón de pijama para servirme un agua, saludando al personal, y me volví para dentro. Escuchaba a mis espaldas el silabeo de pacientes y enfermeros, y no sé por qué, me sentí importante. Dormir en la cama y que se hubiese corrido la voz por el hospital me había dado de repente un estatus. Era una especie de Avon Barksdale. Alguien malo, un fuera de la ley. Mejor aún, Dallas Winston, que también era muy de hospitales.

Fueron los días más tormentosos de mi vida, y que el niño hubiese nacido sin problemas los convirtió en un bálsamo. Ya todo tenía su orden en el universo. De golpe fue lo más natural del mundo que mi prima, que nació un mes más tarde que yo, hubiese parido al mismo tiempo que Ana y estuviese con su bebé en la habitación de enfrente. Había una cierta coherencia en que mi abuelo estuviese dos plantas más arriba

incapaz de reaccionar al coma en que lo había dejado el ictus. Podía decirse que por las buenas y por las malas mi familia había tomado el Hospital Provincial de Pontevedra. Me cruzaba en la cafetería con los hermanos de Ana, veía fugazmente a mis padres subiendo unas escaleras, mi tía entraba en la habitación como ATS, llamaba mi primo desde Antibes a la habitación de su hermana y me ponía yo, mis tíos se enjugaban las lágrimas de vuelta de la planta de Neurología a la de Maternidad, donde sonreían y nos felicitaban como si fuese Nochevieja.

Todo aquello devino en brote, claro. En la segunda noche, con Ana y el niño durmiendo, cogí un folio en blanco y esboqué un pequeño mapa del hospital marcando las zonas de influencia y señalizando con colores las máquinas de agua y las máquinas de chuches según fueran de la familia o estaban en poder del enemigo, tal que objetivos militares. Acababa a las seis de la mañana medio enloquecido, tiraba el folio por el váter para evitar que Ana lo viese y me internasen en Psiquiatría (lo que bien mirado nos hubiera dado poder en un ala del centro que teníamos desasistida, pese a los esfuerzos de una amiga de Ana que apareció en nuestro cuarto con una caja de champán) y me metía

en cama, donde me dormía hasta que aparecía la de turno a pegar voces.

Al mediodía, cuando estaba ya disponible y duchado, ejercía mi papel de anfitrión del *sancta sanctorum*; cualquiera que me viese diría que en aquella habitación se especulaba con drogas. Escondía la vía de Ana y de mi prima para que bajasen a fumar, recibía visitas sospechosas que metía en el baño como si me fuesen a pasar armas, pero allí solo los abrazaba en silencio mientras les decía: «No digas nada»; salía y entraba mirando a mis espaldas mientras en la planta empezaba a correrse la voz de que realmente no era malo, sino un poco esquizofrénico.

Nos fuimos al tercer día entre gritos. Vino la jefa de planta a soltarnos el sermón de la montaña. Fue inútil que Ana le dijese que ella pedía mi compañía en la cama porque si no no se dormía. Aquello había sido un escándalo de primer orden y el próximo hijo lo íbamos a parir en el río. Vi a mi madre pasar de largo por el pasillo con la cabeza baja.

—¿Coges tú al niño? —me dijo Ana.

¡Había un niño! Me acerqué con verdadera curiosidad a él. Tenía la boca plagiada de las ecografías; un triangulito de carne rosa y los ojos como pellizcos. Era

bien hermoso y me alegró, porque así no me costaría tanto levantarme de cama en mitad de la noche a darle el biberón. Pensé que si tenía que despertarme con el llanto de alguien a las cuatro de la mañana y pasarme una hora seguida mirándolo, que fuese guapo. El niño lo era y eso que ganábamos los dos. Tuve no sé por qué ganas de compartir estos pensamientos con la jefa de planta de Maternidad, pero se me pasaron rápido.

No subí ya a ver a mi abuelo. Había decidido llenar la pena inmensa con una alegría igual de grande; encajaban a la perfección. Manu y él coincidieron en la vida unas horas como dos pasajeros que se cruzan. Los imaginaba mirándose de reojo en la puerta del tren, uno entrando y otro saliendo, sin saber muy bien qué los unía. Hicimos las maletas, llenamos una bolsa con botellas vacías y copas de cristal que metimos debajo del carrito, y nos fuimos del hospital con una resaca del carajo empujando al niño como un *rolling stone*.

UN AÑO y medio antes las cosas eran distintas. Vivía solo. Pasaba tiempo en la terraza yendo descalzo de